

Testimonio martirial actual

Gregorio Iriarte, OMI

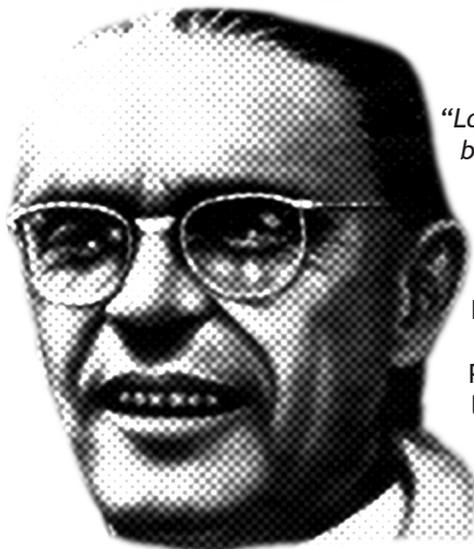
Resumen

Bueno es hablar de martirio, pero mejor es hablar de nuestros mártires. El testimonio de nuestros mártires de hoy nos forma en la mística y la profecía necesaria para estos tiempos. Al hacer memoria de algunos mártires de la Vida Religiosa latinoamericana, como es el caso del oblato Mauricio Lafébvre y el jesuita Luis Espinel, nos remontamos a su época y a sus escritos, para dejarnos impresionar por sus vidas y palabras fuerza. Su testimonio martirial, como el de muchos pastores, se hermanan por la liberación de nuestros pueblos. Es el caso de Luis Espinel y Romero.

Bom é falar de martírio, porém melhor é falar de nossos mártires. O testemunho de nossos mártires de hoje nos forma a mística e a profecia necessárias para este tempo. Ao fazer memória de alguns mártires da Vida Religiosa latinoamericana, como é o caso do Oblato Mauricio Lafébvre e do Jesuíta Luis Espinel, nos remontamos à sua época e a seus escritos, para nos deixarmos impressionar por suas vidas e palavras fortes. Seu testemunho martirial como o de muitos pastores, se unem pela libertação de nossos povos. É o caso de Luis Espinel e Romero.

1. Mauricio Lafébvre, OMI

“ARRIESGANDO EL PELLEJO”



“Lo clavaron con balas sobre la cruz. Lo llamaron bandido como a Jesús...” así cantaban los/as jóvenes universitarios el día del entierro del P. Mauricio Lafébvre, misionero Oblato canadiense, fundador de la carrera de Sociología en la Universidad Estatal de La Paz y primer Decano de esa misma Facultad.

Por su vida de total coherencia, por su palabra lúcida e inspiradora, por su preparación teológica y académica, Mauricio se fue constituyendo en las aulas de la Universidad de La Paz en el modelo de catedrático y en el consejero más apreciado en el ambiente universitario.

La muerte heroica de Mauricio no fue un accidente fortuito, ni un destino fatal, ni un final glorioso buscado por él... Fue una consecuencia lógica de su vida. Mauricio murió heroicamente porque supo vivir cada día la heroicidad del darse sin límite ni medida. Murió en un supremo acto de servicio a sus hermanos/as porque su vida entera fue una entrega constante. Murió en un gesto extraordinario de caridad porque supo amar profundamente a todos/as.

Los héroes no se improvisan, ni los mártires tampoco. Mauricio, comprometido de por vida con la causa del pueblo, llega hasta la propia inmolación en aras de ese mismo compromiso.

Sacerdote de entrega constante y generosa, su muerte fue la consecuencia lógica de lo que él mismo ponía como lema a los/as estudiantes: *“debemos entregarnos en bien de nuestro pueblo hasta arriesgar nuestro propio pellejo....”* y él se arriesgó a hacerlo realidad.

Mauricio llegó a Bolivia en febrero del año 1953. Había nacido 30 años antes en Canadá. Su llegada a Bolivia, como la de otros/as muchos/as misioneros/as, se debía al llamado que hiciera el Papa de entonces, Pío XII, a favor de América Latina, un Continente de raíces y tradición católica pero, falto de sacerdotes y que corría el peligro de ser presa de ideologías extrañas, especialmente de tendencia marxista.

Mauricio llega con la idea de entregarse “de cuerpo y alma” al pueblo de Bolivia para poner dique a las amenazas de esas ideologías foráneas.

Invitado por el P. Lombardi, viaja a Roma a un Curso intensivo sobre el “Mundo Mejor”. Se especializa en sociología y regresa a Bolivia en 1966. No es el mismo Mauricio de años atrás. Ha estudiado profundamente, ha aprendido muchas cosas, ha orado mucho, ha madurado. Se ha vuelto en un sacerdote acosado por la “sed de justicia”, como él mismo lo manifestaba.

También en Bolivia se habían dado muchos cambios: había caído el gobierno moviementista de Paz Estensoro y se hallaba en el poder el general René Barrientos.

Comienza su docencia en la Universidad Mayor de San Andrés por uno de los eslabones más bajos, como profesor suplente en Introducción a la Sociología en la Facultad de Derecho.

Existía una pugna académica porque la Facultad de Derecho obstaculizaba la creación de una nueva Facultad. Mauricio fue el que más luchó para el nacimiento de la Facultad de Sociología y se le considera como el fundador de la misma.

En agosto de 1971 hay un nuevo golpe de Estado en Bolivia, esta vez sumamente

sangriento. El entonces coronel Bánzer se levanta contra el régimen del general Torres.

Se combate en la calles de La Paz. Hay numerosos/as muertos/as y heridos/as. Desde la Cruz Roja llaman a Mauricio para que ayude en la arriesgada tarea de auxiliar a los/as heridos/as cuando todavía un horrible tiroteo resonaba por el centro de la ciudad.

Las calles de La Paz son una balacera; hay fuego cruzado. Mauricio, manejando su camioneta llega como puede hasta el edificio de la Cruz Roja. Se pone a las órdenes de los médicos de turno. Le piden que se traslade con urgencia a la calle Rosendo Gutiérrez, donde hay un herido que está en la calle desangrándose sin que nadie le auxilie porque hay un intenso tiroteo. Mauricio anota la dirección en una libreta. Entran en su camioneta un médico, una enfermera y un muchacho voluntario, que lleva la bandera de la Cruz Roja.

Mauricio va manejando su vehículo hasta la esquina de las calles Rosendo Gutiérrez y Capitán Ravelo. Desde una casa cercana suena una ráfaga de ametralladora que da de lleno en la parte delantera de la vagoneta. Mauricio recibe un balazo en el pecho. Emite un leve quejido y logra ladear el vehículo hasta la acera. Pide a sus acompañantes que se bajen y se tiren al suelo. ¡Fueron éstas sus últimas palabras!

El médico, la enfermera y el joven logran tirarse al suelo y gateando llegan a protegerse en los edificios de la calle. Mauricio, moribundo, consigue abrir la puerta del coche y cae desplomado sobre el centro de la calle. Serían las seis y media de la tarde de aquel fatídico 21 de agosto de 1971.

Seguía el tiroteo. Era imposible acercarse hasta Mauricio que se desangraba en medio de la calle. Cuando el muchacho levantaba la bandera de la Cruz Roja llegaban, como por resorte, los disparos.

No quedaba otro recurso que esperar a que llegara la oscuridad de la noche “pero la noche tardaba en llegar...”

A las primeras sombras se intentó el rescate. Uno de los soldados disparó contra los focos del alumbrado público que comenzaban a prenderse. Otro se arrastró hasta llegar a atar una cuerda al brazo de Mauricio y, cuidadosamente, lo fueron arrasando, pero, en esos momentos acaba de lanzar el último suspiro... Había agonizado en plena calle en un acto heroico de extraordinaria caridad. Mauricio da su vida para salvar la vida de otra persona. Es el mejor ejemplo de testimonio martirial. Expresión vivencial de lo que había dicho Jesús: “no hay amor más grande que dar la vida por sus hermanos” (Jn 15,15).

Trasladaron su cuerpo acribillado hasta la iglesia que él había ayudado a terminar once años antes. Hasta allí llegó el pueblo, pese a que las calles estaban copadas por los tanques de guerra y los ánimos amedrentados.

La primera orden de los golpistas fue una prohibición: que el entierro de Mauricio Lefévre no sea público. La orden fue transmitida al Arzobispo de La Paz que la rechazó airado. Fue la primera desobediencia contra el nuevo régimen dictatorial.

El féretro de Mauricio fue llevado en hombros por estudiantes y obreros. En el largo trayecto, calles arriba, la multitud se agolpaba por llegar a tocar, siquiera, el féretro.

En presencia de los esbirros del gobierno, los discursos y los homenajes a la vida y a la muerte heroica de Mauricio se alargaron hasta el anochecer. Extractamos algunos párrafos. La dirigente de los universitarios de la Facultad de Sociología decía:

Aquí estamos, Mauricio, afligidos, impotentes ante la sed homicida de la bestia apocalíptica. Tú no has muerto: acabas de nacer en el corazón de multitud de jóvenes que no te conocían... Solo queremos decirte que fuiste bueno, íntegro, solidario, generoso hasta la muerte.

Pídele a Dios por nosotros, para que tengamos el coraje de vivir lo que nos espera y luchar siempre por la causa en la que tú, Mauricio, también creíste justa.

Este es un entierro sencillo, como corresponde a los héroes de la nueva sociedad. Hasta la victoria siempre, compañero Decano.

No era una jornada de llanto, de pesar, sino de compromiso, de solidaridad, de entrega generosa por la liberación del pueblo.

Todos coreaban una canción hecha en honor de Camilo Torres:

*“Donde cayó Mauricio se alza una cruz,
pero no de tristeza sino de luz...”*

Desde la clandestinidad envió su mensaje el gran político Marcelo Quiroga Santa Cruz que un día también moriría víctima de las balas asesinas de la dictadura:

Has oído, Mauricio, la voz de tu pueblo, tuyo, sí, tuyo porque no te has incorporado a él por el mero hecho de nacer en este espacio geográfico, sino porque lo has conquistado con tu apasionada entrega de servicio total.

Has debido oír la voz del pueblo rindiéndote un homenaje de gratitud, pero

no un homenaje convencional, hecho de lacrimosas oraciones fúnebres. No. Sino el homenaje que tú preferías y que tú merecías.

Imagino, Mauricio, boliviano, sacerdote y compañero, que en el último instante, cuando yacías inmóvil sobre la tierra nuestra, que no te dio disfrute de ventajas, sino cadalso y tumba por tu sacrificio y tu amor a los desposeídos, oíste el homenaje de tu pueblo que se reflejó en tus ojos inmóviles, abiertos a la noche sangrienta.

Sobre la cal fresca de la tumba, una mano amiga escribió:

*P. Mauricio Lefébvre, OMI
Mártir de la liberación.*

Mauricio era uno de esos hombres que dejan, sin que ellos mismos se lo propongan, una huella profunda a su paso por este mundo. El recuerdo imperecedero de Mauricio ha de quedar marcando la historia de Bolivia, su patria de elección: por su vida y por su muerte; por su palabra y su acción; por su pensamiento y su testimonio... Los/as Religiosos/as han de encontrar en Mauricio un modelo de entrega evangélica por la liberación del pueblo.

Mauricio vivió siempre de cerca los principales acontecimientos de Bolivia. Desde la cátedra de Sociología de la Universidad Central, escuchó con inquieta y anhelante curiosidad el ritmo acelerado y descontrolado en la marcha del país. Sobre la cresta misma de la ola, Mauricio vivió con intensidad cada acontecimiento sociopolítico de la convulsionada Bolivia.

Sin embargo, Mauricio no fue un político. Todo lo contrario. Su repugnancia instintiva por todo lo que pudiera sacarle del anonimato, su natural retraimiento, su aversión a todo lo burocrático y vertical, su temperamento imaginativo, desestructurado, hasta bohemio, su amplio espíritu de comprensión para todos/as los/as que pensaran de un modo distinto al suyo, hacían de él un religioso totalmente ajeno a las mezquinas luchas partidistas.

Mauricio era búsqueda constante. Dotado de grandes cualidades intelectuales y de un temperamento comunicativo y optimista, siempre vivía, sin embargo, insatisfecho consigo mismo. Buscaba continuamente, hacer algo nuevo y algo mejor. Era de esas personas que, aún en la edad madura, aparecen como jóvenes. Este venía a ser el secreto de su éxito con la juventud universitaria.

Instintivamente abierto a todo lo nuevo, vivía en esos tiempos de renovación religiosa post-conciliar, con ansia de pionero y vocación de profeta. Mauricio leía mucho y dialogaba con todos/as, sobre todo con los marxistas y troskistas. Era un maestro en el verdadero diálogo, de ahí que resultase muy fácil entenderse con él

y confraternizar. Tenía multitud de amigos/as.

Mauricio vivía orientado hacia el futuro. Era un sacerdote, un religioso de esperanza: esperanza humana y esperanza teológica fundidas ambas en una visión optimista y transformadora de nuestra sociedad. Era un religioso de proyectos, de ilusiones, de utopías. Comprometido plenamente por la causa de los más pobres, estaba dispuesto a jugarse la vida por defender los ideales de justicia evangélica que él predicaba.

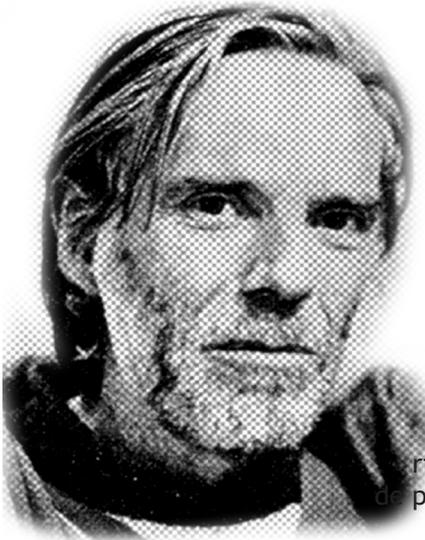
Peregrino y caminante empedernido, la muerte lo debía sorprender sobre la marcha, en la calle, junto al pueblo con un gesto de entrega, de total solidaridad, en una actitud de sacrificio sacerdotal.

Mauricio fue criticado por los propios cristianos que no llegaron a entender su compromiso religioso en abierto diálogo con los propios enemigos de la Iglesia. Él no les daba importancia a esas críticas. Le parecía natural que le criticasen.

Cuando se velaba su cuerpo. Alguien escribió: *“Mauricio, perdona a quienes te han matado y criticado”*. A los corazones magnánimos como el de Mauricio no les cuesta perdonar porque no se saben ofender. Es tan puro y tan radiante el testimonio de su vida y de su heroica muerte que su ejemplo ha de permanecer, imperecedero, en el alma de nuestro pueblo.

2. Luis Espinal, SJ

“DAR LA VIDA CON LA SENCILLEZ DE QUIEN CUMPLE UNA TAREA MÁS”



Era al atardecer del 4 de marzo del año 1980. Acabábamos de dar sepultura al cuerpo torturado y horriblemente martirizado de nuestro querido hermano y compañero, Luis Espinal. Volvíamos del cementerio con su socio de habitación, el P. Javier Albó.

Íbamos comentando el drama que estábamos viviendo frente al asesinato de Lucho, indagando sobre los indicios de los posibles asesinos. También conversábamos acerca de la conveniencia de dar alguna utilidad a su importante legajo de artículos de prensa, de comentarios teológicos y de críticas sobre varios centenares de películas que nos había dejado Lucho.

Fuera de su especialidad en los medios de comunicación, Espinal era un excelente escritor, muy agudo, directo y tremendamente gráfico y expresivo...

Al entrar en su cuarto, que Lucho compartía con Albó, pudimos advertir que sobre el escritorio había varios papeles escritos a mano. En realidad, no eran, como hubiéramos podido pensar, algún análisis sobre la última película que había visto. En realidad era una oración. La última de las oraciones que Lucho escribía cada noche antes de acostarse.

El título de esta su última oración nos pareció desconcertante, a primera vista... **“No queremos mártires”**, se titulaba. La leímos en alta voz, con la emoción contenida al pensar que teníamos en nuestras manos una especie de “testamento espiritual” de nuestro querido amigo.

Acabábamos de pregonar en el cementerio de La Paz que Lucho Espinal era *un verdadero mártir* y ahora, nos encontrábamos con su último mensaje en el que nos decía que nunca se debe buscar el martirio. Que eso es propio de espíritus débiles, de masoquistas...

Resumo algunas de las ideas de esta original y profunda oración:

El país no necesita mártires, sino constructores. El mártir es un individualista equivocado de lado. Es un masoquista que, si no puede vencer con el triunfo, procura sobresalir en la derrota. Por eso, le gusta ser incomprendido y perseguido. Necesita al torturador, inconscientemente, y lo crea... Quiere morir para convertirse en personaje de vitrina... El desplazado tiende a la mística del martirio, procurando sublimar la derrota.

En cambio el pueblo no tiene vocación de mártir. No hay que dar la vida muriendo, sino trabajando. ¡Fuera los slogans que dan culto a la muerte!

Necesitamos hombres lúcidos y conscientes; realistas, pero con ideal... y si un día nos toca dar la vida, lo haremos con la sencillez de quien cumple una tarea más y sin gestos melodramáticos.

Espinal tituló a sus diarias meditaciones: *“Oraciones a Quemarropa”*. En efecto, son profundas reflexiones espirituales que brotan, en forma espontánea, ante el impacto de cualquier sorpresivo acontecimiento. De ahí el adjetivo *“a quemarropa”*. Son oraciones en las que Espinal incorpora el clamor de toda la creación y todos los sufrimientos e injusticias del pueblo a su propia meditación espiritual diaria. Son oraciones que nacen en la calle. Orar, para Espinal, no es extasiarse, ni evadirse: es escuchar las exigencias del Evangelio y comprometerse con lo que se ha orado.

Las “Oraciones a Quemarropa” son como saetas que nacen desde la vida y llegan hasta lo más profundo del corazón.

La oración “no queremos mártires” nace desde el contexto boliviano que en ese momento se vivía en el país: jóvenes de formación cristiana se habían incorporado a la guerrilla donde murieron “como héroes, entregando su vida por la liberación del pueblo”. Espinal no está de acuerdo y desde esa reacción natural es de donde brotan las ideas impactantes de esa su última oración.

Lucho es un amante de la vida, sobre todo de la vida del pueblo. El está dispuesto a entregar su vida por la liberación del pueblo pero lo hará sin poses espectaculares, “con la sencillez de quien cumple una tarea más”.

¿Estaría Luis Espinal pensando en su propia inmolación cuando escribía, en una de sus oraciones, presagiando, quizás, su propiomartirio:

*“Más allá del crujir de nuestros huesos
ya ha empezado el Aleluya eterno.
Que las mil gargantas de nuestras heridas
se sumen ya a tu salmodia triunfal”.*

¿Podía imaginarse Lucho que, horas después: “sus huesos crujirían de dolor y que sus heridas, como una multitud de gargantas abiertas, cantarían para siempre el triunfo de la vida sobre la muerte”?

Así era y así fue Lucho Espinal, consecuente hasta la muerte, dando un sentido profético a su propio martirio.

El ideal de Lucho lo podríamos resumir en esta frase: *entregar la vida, sencillamente, sin gestos melodramáticos, como Cristo en la Cruz, por la liberación del pueblo.*

Espinal poseía una gran sensibilidad artística, siente un profundo respeto frente al misterio de la persona humana y una gran ternura ante el sufrimiento y ante la opresión y la marginalidad de los pobres. Es un místico, pero con los pies en la tierra. Mejor diríamos: “con los pies en el barro”.

Seleccionamos una de sus oraciones que el tituló “el Cristo Total” para percibir la profundidad de sus pensamientos dentro de una síntesis plena entre lo espiritual y lo temporal, entre la oración y el compromiso, entre Dios y el mundo:

EL CRISTO TOTAL

Somos células del Cuerpo de Cristo.
Todos juntos y Cristo, formamos un solo organismo: el Cristo Total.
Jesucristo, tú estás cerca, eres al alma de nuestra alma,
la intimidad de nuestra intimidad.
Siempre estamos contigo porque somos carne de tu Carne;
somos tu Cuerpo,
por eso no podemos hablar de soledad.
No existe la soledad para nuestra fe: es sólo tu silencio.
Somos siempre un gran organismo viviente
que irradia de ti.
Nuestra vida debiera ser asfixiante de presencias humanas.
Todo lo que sucede en el mundo,
sucede dentro de nuestro cuerpo de Cristo.
Cada acto repercute en todos y cada uno.
Nuestra pequeña tarea,
nuestro esfuerzo minúsculo,
tiene una potencia infinita
porque es una gota en el caudal
que empuja la turbina.
Por eso, el mundo es sagrado.
La calle está llena de Cristo.
Reverentemente hay que recoger
todas las migajas de nuestra gente,
porque ahí estás Tú, Jesucristo.
Si supiéramos ver, todo sería un éxtasis.
Te amaríamos también en esos miembros
magullados en su eterna crucifixión.

Gracias, Señor, porque aún
nuestra tarea profana es un gesto tuyo.
Para hallarte no hay que retirarse en el egoísmo;
por el contrario,
hay que sumergirse más en las cosas,
hasta lo más profundo:
exprimir las hasta que gotee TU PRESENCIA.

(Oraciones a Quemarropa)

Para Lucho no existen las dicotomías. Todo lo ve y lo vive desde una perspectiva cristiana totalmente unitaria. En su quehacer profano, como especialista en los medios de comunicación social, crece y se afianza su fe así como su vocación de religioso jesuita. Su compromiso religioso lo ejerce por igual desde la dirección de

un periódico, que orientando una filmación o dando sencillas charlas a grupos de gente muy humilde.

Es evidente que el espíritu libre y totalmente franco de Espinal le van a acarrear incomprendiones, conflictos y duras críticas, ya sea de los directores de los periódicos en los que escribe, como de parte de los jefes del gobierno y aún en sus superiores religiosos que no logran moderar su espíritu valiente frente a la injusticia y a la falta de libertad.

En su existencia conflictiva Lucho es parte integrante de esa unidad de su fe cristiana con la verdad, con la justicia, con la libertad...

El punto culminante de su compromiso con su pueblo será en enero de 1978, en su participación en la “Huelga de Hambre” iniciada por cinco mujeres de los centros mineros, en la cual estuvo acompañado por varios religiosos.

La espiritualidad de Lucho estaba atravesada por una gran utopía hecha realidad y es que siempre encontraba a Cristo en el pueblo. La suya era una espiritualidad “nutrida de pueblo”.

Con respecto a esa huelga de hambre en la que, con tanta radicalidad y alegría él participó, escribe:

Algunos sentían necesidad de “espiritualizar” la huelga de hambre, para hacerla más cristiana; en este sentido se celebraron dos misas en nuestro grupo. Yo no sentía esa necesidad: el hambre me resultaba un magnífico rito religioso de solidaridad y de comunión. ¿Por qué he de buscar a Dios por otros caminos, cuando sufro solidariamente con mis hermanos? ¿Por qué buscar a Dios en el misterio, cuando era tan tangible en la vida?.

Efectivamente, Luis Espinal encuentra a Dios en el sufrimiento solidario con el pueblo más que en el misterio. Para él, la solidaridad, la comunión con el pueblo es el nuevo sacramento de Cristo.

La “Vida Religiosa Consagrada, nos va a recordar Espinal, no ha nacido para cerrarse sobre sí misma, buscando una falsa seguridad espiritual que, muchas veces acaba en una seguridad material”, muy lejos del pueblo hacia el cual fue enviada.

Una utopía que vivió profundamente Espinal fue la de desarrollar todas las enormes posibilidades de los medios de comunicación: cine, prensa, radio, televisión... Fue capaz de humanizar, en gran parte, esos poderosos medios, alejándolos del mero mercantilismo y de su permanente superficialidad.

“La vida es para gastarla por los demás”, repetía Lucho. Una frase presagadora de

lo que él buscaba y de lo que llegaría a ser su propio destino.

A Lucho le gustaba repetir otra frase que sintetiza la unidad que se daba en su vida entre su compromiso de fe y su compromiso social: *“quien no tenga la valentía de hablar a favor del hombre tampoco tiene el derecho de hablar de Dios”*.

Lucho tenía muy presente que *“el Dios trascendente”* sólo es asequible a través del compromiso con lo *“inmanente”*, con el pueblo, con el hermano, con el pobre.

Frente a las críticas permanentes que los gobiernos dictatoriales de Bolivia lanzaban contra ciertos sacerdotes que defendían los derechos humanos, Lucho repetía una frase que, por cierto, habría de resultar profética frente al destino martirial que le esperaba: *“morir por un pueblo da mayor carta de ciudadanía que nacer en él”*.

Efectivamente, Lucho adquirió *carta de plena ciudadanía* boliviana y latinoamericana. *“Nuestro mártir Lucho”*, dice la gente. Tan del pueblo ha resultado que existe todo un problema el poder distinguir tantas escuelas, tantos barrios, tantos centros de promoción que llevan el nombre de *“P. Luis Espinal”*.

3. Monseñor Romero Luis Espinal, SJ

“HERMANADOS EN EL COMPROMISO Y EN EL MARTIRIO”



El mismo día en que enterrábamos a Lucho Espinal en hombros y olor de multitudes, asesinaban en San Salvador a Mons. Romero.

Romero-Espinal quedarán para siempre unidos en el registro glorioso de los que ofrendaron su vida en aras de la vida del pueblo.

No deja de sorprender que, no solamente los hermanó la sangre del martirio, sino toda una trayectoria de entrega por la liberación del pueblo: fueron similares las causas que motivaron sus martirios, las tenebrosas maquinaciones

de sus asesinos, y los objetivos criminales de sus gobiernos dictatoriales...

Por otro lado, si se analiza la personalidad de ambos, vemos que desde el punto de vista psicológico, eran como dos *almas gemelas*: ambos *tímidos* y sin embargo, *valientes* hasta la temeridad cuando se trataba de defender los derechos del pueblo; ambos *humildes* y, sin embargo, *desafiantes* y *valientes* frente a los poderosos; ambos alejados de toda militancia *político-partidista*, y sin embargo, acusados de *políticos*, de *rojos*, de *comunistas*; ambos buscando siempre el *servicio*, la *liberación del pueblo*, y, sin embargo, tratados de *traidores* y *vendidos* a movimientos subversivos; ambos profundamente *religiosos*, hombres *de oración* y de amor *total a la Iglesia* y sin embargo, mirados con *recelo* y hasta con *rechazo* por la Jerarquía.

Ambos tienen idéntica actitud ante la posibilidad del martirio: *“si me matan, dijo Mons. Romero, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás”*. Espinal escribió poco antes de su martirio: *“Si nos toca dar la vida, lo haremos con la sencillez de quien cumple una tarea más(...) Somos antorchas que solo tienen razón de ser cuando se queman: es entonces cuando dan luz a los demás”*.

Místicos y Profetas los dos y, por eso mismo, *ambos canonizados por el instinto evangélico de nuestro pueblo*.

